

Soñé que me hallaba acostado en una hamaca, como en los primeros años de mi carrera. La hamaca de Ives estaba cerca de la mía. Éramos sacudidos violentamente por la tormenta, cuando la hamaca de Ives se desprendió. Debajo de nosotros había un abismo negro, que debían de ser las profundidades del mar; allí iba á caer Ives. Entonces procuraba yo sostenerle con mis manos; pero, como sucede en los sueños, mis manos se negaban á obedecerme, no tenían fuerza. Quise rodearle con mis brazos, cruzar las manos delante de su pecho, recordando que su madre me lo había confiado; pero comprendí con angustia que no podía conseguirlo, que se me escapaba, que caía en aquel abismo negro que alborotaba debajo de nosotros. Y lo que me producía mayor espanto era que Ives no despertaba, que estaba frío, con una frialdad que me invadía á mí también y llegaba hasta la medula de los huesos; hasta la lona de su hamaca parecía rígida como la envoltura de una momia.

Sentía yo en mi cerebro verdaderas sacudidas, dolor real, y mezclaba esta realidad con lo fantástico del sueño, como suele suceder en los estados de grandes fatigas, y entonces aquella siniestra visión tomaba mayor intensidad y más vida.

Después dejé de tener conciencia de todo; hasta del ruido y del movimiento: entonces fué cuando comencé á descansar.

Cuando desperté era ya de día. La alborada era de ese color amarillento que caracteriza la salida del sol en los días de tormenta. Oíase el mismo ruido de los días anteriores.

Ives acababa de abrir la puerta de mi camarote y estaba mirándome. Permanecía detenido á la entrada, sosteniéndose con una mano y oscilando hacia atrás ó hacia adelante, según las necesidades del momento para conservar el equilibrio. Había vuelto á ponerse su pobre traje, todo mojado, y estaba cubierto de sal del mar, que había dejado en su barba y en sus cabellos una especie de polvo blanquizo.

Sonreía Ives tranquila y dulcemente.

—Tenía muchas ganas de ver á usted, dijo; he soñado con usted esta noche. Todo el rato que he estado viendo aquellas mujeres de Birmania, con sus uñas de oro... ¿sabe usted? Aquellas mujeres rodeaban á usted haciendo mil gestos, y yo no lograba echarlas. Después quisieron comérsele á usted. Afortunadamente sonó el silbato y desperté: estaba sudando á mares del susto que me había hecho pasar aquel sueño.

—Pues te juro que yo también celebro verte, amigo Ives; porque también yo he soñado contigo; y mucho... ¿Hace hoy tan mal tiempo como ayer?

—Puede ser que sea algo más llevadero. Además, ya es de día. Mientras que hay luz ¿sabe usted? siempre es mucho mejor para trabajar en la arboladura. Pero cuando todo está oscuro como la boca del infierno, vamos, como estaba la noche pasada, ¡el diablo que lo aguante!

Ives recorrió con mirada satisfecha mi cámara, dispuesta por él mismo en previsión de furiosas tempestades. Nada se había movido de su sitio, gracias á su acierto. En el suelo había un lago de agua salada, en el cual flotaban multitud de cosas; pero los objetos que yo tenía en estima continuaban colgados ó fijos, como los muebles, con clavos y escarpas de hierro. Todo estaba cuidadosamente sujeto por medio de cuerdas bien embreadas. Había allí armas, bronce desnudos y vestidos. Máscaras japonesas con cabelleras humanas nos miraban á través de los hilos embreados; recordaban algo la misma sonrisa helada, la misma inclinación de ojos de las bailarinas birmanas de uñas de oro, que habían querido comerme en el sueño de Ives.

El sonido del clarín, animado y alegre, de la *llamada del lavado* me sacó del ensimismamiento en que me hallaba.

Lavar el puente cuando las olas corren por encima, parece una operación insensata, ó inútil cuando menos, á la gente de tierra. Nosotros nada encontramos en esto de extraordinario: este lavado se verifica diariamente, suceda lo que suceda. Es una de las operaciones primordiales de la vida del mar. Ives, pues, se separó de mí, diciendo como la cosa más natural:

—¡Ah! Voy á mi puesto de limpieza.

El clarín, sin embargo, había pecado por exceso de celo; había tocado, sin orden expresa, á su hora habitual. Aquel día no se lavó el puente.

Conocíase ya que el tiempo, como Ives había dicho, era más llevadero; los movimientos eran más prolongados, más regulares, más parecidos al balanceo de las gavias.

El mar era menos duro, y ya no se escuchaban tan frecuentemente esos choques y esos ruidos espantosos y profundos.

Además, llegaba el día, un día muy feo, á decir verdad, con una luz amarillenta, lívida; pero al cabo era día, menos horrible siempre que la noche.

No había llegado nuestra hora, por lo visto, porque al día siguiente hallamos la calma en un puerto de China, en Hong-Kong.

XXX

Septiembre, 1877.

La Medea ha retrocedido hace mucho tiempo.

Todos los vientos, todas las corrientes le han favorecido. Ha navegado, ha navegado tan de prisa, que hemos perdido casi la noción de los sitios y de las distancias. Habíamos visto vagamente el Estrecho de Malacca, pasado á la carrera; el mar Rojo, remontado á vapor; el Cabo de Sicilia, por último, el Estrecho de Gibraltar; la primera tierra que debía aparecer á nuestra vista era tierra bretona.

Yo me había embarcado en *La Medea* para concluir mi campaña, y en esta ocasión mi paseo con Ives no habría durado cinco meses.

En medio de aquella vasta extensión oscura veíamos algunos rastros blancos; después una

torre y varias islitas diseminadas; todo esto muy lejano aún, perceptible apenas, en razón á la escasa luz que nos rodeaba.

Parecíanos estar todavía allá abajo, en los límites de Asia, que habíamos dejado el día anterior; los objetos de á bordo no habían cambiado de sitio; las fisonomías tampoco.

Estábamos rodeados, como antes, de objetos chinoscos; continuábamos comiendo frutos recogidos allá, y verdes todavía; hasta olores y aromas de China llevábamos.

Pero era ilusión, por fortuna; nuestra casa flotante había cambiado rápidamente de emplazamiento; aquella torre y aquellas islitas eran las *Piedras Negras*; Brest se hallaba allí, muy cerca; antes de llegar la noche habríamos entrado en su puerto.

Siempre la emoción de los recuerdos cuando reaparece aquella inmensa rada de Brest, imponente y severa, con aquellos gigantescos buques de vela que hemos perdido la costumbre de ver en otros países. Todas mis primeras impresiones de marino, todas mis antiguas memorias de Bretaña, y después... después aquello es Francia, aquello es la patria.

El *Borda* parece allá, á lo lejos; le miro y sur-

ge en mi memoria la mesa en que tantas veces he apoyado mis codos, dedicando al estudio largas horas de laboriosa vigilia; veo la negra pizarra en la que trazaba yo, agitado y nervioso, antes del examen, las fórmulas complicadas de Mecánica y de Astronomía.

Ives era, por aquel entonces, un muchacho formalito y bueno, un novato bretón, de fisonomía dulce, que habitaba el buque inmediato, *La Bretaña*, vecino y compañero del *Borda*. Ambos éramos niños entonces... hoy somos hombres... mañana la vejez... al otro día la muerte.

XXXI

Domingo, día de gran jolgorio en Brest.

Las diez de la noche.—Noche serena. La luna refleja su prestada luz sobre el mar tranquilo; á bordo de *La Medea*, los marineros han concluído de entonar sus interminables canciones y reina un profundo silencio.

Desde la caída de la tarde mis ojos miran con

inquietud hacia las luces de la ciudad. Espero el bote que manda Ives: ha ido á tierra y no vuelve.

Por fin veo su roja luz, que adelanta hacia el buque: ¡se ha retrasado dos horas!

El mar es sonoro de noche; ya se oyen gritos mezclados con el ruido de los remos; algo extraordinario debe de ocurrir en el bote.

Apenas nos aborda, tres contramaestres, completamente borrachos y furiosos, se precipitan pi-diéndome la cabeza de Ives.

—Que se le encadene para principiar, y que después sea juzgado y fusilado, porque ha levantado la mano á sus superiores en actos del servicio.

Allí está Ives, de pie, agitado y nervioso todavía por la lucha que ha sostenido. Los contramaestres le han golpeado; por lo menos han pretendido golpearle.

—Creían hacerme daño, dice con desprecio, y jura que no ha devuelto los golpes de aquellos tres viejos; en realidad, él habría vuelto del revés á los tres juntos de un solo manotón. No: Ives les ha dejado agarrarse á él y destrozarle; los tres le han arañado el rostro y despedazado el vestido porque no les ha permitido guiar el bote, á causa de que estaban borrachos.

Todos los tripulantes del bote están ebrios tam-

bién por culpa de Ives, que les ha dejado beber. Los tres contramaestres perseveran en gritar, en vomitar injurias, en amenazar á Ives. Son tres vejetes, borrachos, grotescos en sus extremos de furor y que parecerían completamente ridículos si la disciplina, implacable, no estuviese detrás de ellos para dar á esta escena un carácter demasiado serio y horriblemente grave.

Ives, de pie, con los puños apretados, el cabello sobre la frente, destrozada la camisa, desnudo el pecho y no pudiendo sufrir las injurias, estaba muy próximo á perder la paciencia y á golpear, cuando apeló á mí con sus miradas.

¡Oh! La disciplina es muy pesada en estas ocasiones. Yo soy el oficial de *cuarto* y sólo puedo intervenir en aquella cuestión con palabras tranquilas para ponerles á todos á disposición del capitán de armas.

Contra todas las reglas, faltando á la Ordenanza, me arrojé de un salto sobre Ives. ¡Ya era tiempo! Sujeté con los míos su brazo en el terrible momento en que se disponía á pegar.

Miré á los otros, que entonces, en vista de mi actitud, comenzaron á batirse en retirada, como los perros ante la mirada del amo.

Por fortuna era de noche; el hecho no tuvo tes-

tigos. Solamente lo presenciaron los tripulantes del bote, y todos estaban ebrios. Además tenía yo en ellos completa confianza; eran buenos muchachos todos, marinós valientes y leales, y si era necesario presentarse ante el Consejo de guerra, no me denunciarían.

Entonces cogí á Ives por un brazo, y pasando por delante de sus tres adversarios, que ya se habían alineado para dejarme sitio, le conduje á mi cámara, y allí le encerré bajo llave, á la que dí dos vueltas. Por el pronto, allí estaba seguro.

El comandante, á quien aquel ruido había despertado, me hizo acudir á su cámara. Era necesario, por desgracia, explicarle lo sucedido.

Se lo expliqué, bien que atenuando cuanto me fué dable, la falta del pobre Ives. Después, durante algunos minutos que me parecieron eternos, supliqué. Creo que no había suplicado en mi vida; parecíame que no era yo mismo el que hablaba. Y todo lo que yo podía decir ó hacer venía á estrellarse contra el razonamiento glacial de aquel hombre que tenía entonces en sus manos la existencia de Ives, que me había sido confiada.

Había yo conseguido evitar lo más grave, la cuestión de agresión á los superiores; pero de to-

das maneras existían los ultrajes y la negativa á obedecerlos. Ives había cometido esos delitos: en el fondo esto era inicuo; pero en la forma era exacto.

El comandante dió orden de que fuese encadenado inmediatamente, y conducido por la guardia como promovedor del escándalo.

¡Pobre Ives! La fatalidad se encarnizaba en contra suya, porque en esta ocasión no había cometido realmente grave falta. Y esto sucedía cuando él procuraba ser prudente; cuando realizaba grandes esfuerzos para no beber y conducirse con cordura.

XXXII

Cuando torné á mi cámara para decirle que se le iba á encadenar, encontré á Ives sentado en mi cama, cerrados los puños y apretados los dientes de rabia. Su mala cabeza de bretón se sobreponía á todo.

Dió una patada en el suelo, y declaró terminan-

temente que no se dejaba conducir. Era demasiado injusto aquello. Sería necesario que lo llevasen por fuerza, y aun así prometía moler á golpes á los primeros que se acercaran á cogerle.

Entonces le consideré perdido, y la angustia atormentaba mi corazón. Yo no sabía qué partido tomar. Los hombres de guardia estaban allí, detrás de la puerta de mi cámara, para conducirlo á la prisión, y yo no me atrevía á franquearles la entrada. El tiempo volaba, y lo que estaba yo haciendo no tenía nombre.

Me ocurrió de pronto una idea: le supliqué con dulzura; le hablé en nombre de su madre, recordándole mi juramento, y por segunda vez enmienda le llamé *hermano mío*.

Ives comenzó á llorar; todo había concluído; ya estaba vencido y dócil.

Rocié su frente con agua; arreglé un poco su camisa, y abrí la puerta de la cámara.

Los hombres de guardia se presentaron. Ives se levantó, y los siguió, obediente como un niño. Volvió á mirarme sonriendo, fué á responder tranquilamente al interrogatorio del comandante, y después se dejó encadenar en la cala.

Hacia la media noche, cuando terminó aquel penoso cuarto, me acosté; antes hice que lleva

ran á Ives mi cobertor y mi capa. En aquella noche hacía ya demasiado frío. Aquello era todo lo que yo podía hacer en obsequio suyo.

XXXIII

Al día siguiente, lunes, el comandante me llamó muy temprano. Entré en su cámara, lo confieso, con pensamientos rencorosos en el corazón, con palabras duras en los labios, que hubiera yo arrojado desde luego, para desquitarme de los ruegos inútiles de la noche anterior, si no me hubiese contenido el peligro de agravar la situación de Ives.

Comprendí, no obstante, que me había equivocado; el comandante había atendido y comprendido mis ruegos de la víspera.

—Vaya usted, me dijo, á ver á su protegido. Regáñele usted un poco; pero dígame que le perdono. El asunto no saldrá de aquí, y quedará reducido á una pena disciplinaria. Ocho días de cadena, y todo ha terminado. Impongo á los otros

tres, por indicación de usted, un castigo equivalente: ocho días de trabajos forzados. Hago esto por usted, que trata a Ives como á hermano, y también por él, que al fin y al cabo, y á pesar de sus defectos, es el mejor marinero que tenemos á bordo.

Salí de la cámara en disposición de ánimo muy distinta de la que llevaba al entrar. Sentía hacia el comandante afecto y reconocimiento.

XXXIV

Un farol ilumina el rincón de *La Medea*, presentando contornos caprichosos á mil objetos heterogéneos, más ó menos roídos por las ratas.

Como una docena de marineros, Barrada, Guiberog, Barazère, La Hello, todo el grupo de los amigos, rodean á un hombre tendido en tierra. Es Ives, que sigue encadenado, recostado sobre las húmedas planchas, con la cabeza apoyada sobre el codo, y el pie amarrado al férreo eslabón de la *barra de la justicia*.

El más encarnizado de sus tres enemigos, el contramaestre Lagatut, le amenaza con su voz cascada de viejo borracho. Le amenaza con un desquite de este asunto del bote, en el cual he intervenido yo mucho á favor de Ives.

Lagatut ha dejado su trabajo para injuriar á Ives. Yo, que estoy de servicio y terminando una ronda, llego por detrás y le encuentro en su tarea. Como Lagatut es buena presa, los marineros que me han visto llegar sonríen silenciosamente en sus barbas, esperando lo que va á suceder; Ives no contesta palabra, se limita á echarse del otro lado, volviendo insolentemente la espalda á su interlocutor: también él me ha visto llegar.

—Hemos comenzado una partida de *ecarté*, dice Lagatut, tú, Ives, y yo, jefe tuyo, condecorado con la Legión de honor. Gracias á oficiales que te protegen, has ganado las dos primeras bazas; veremos quién se lleva las tres restantes.

—Señor Lagatut, dije al llegar, jugaremos la partida los tres, si á usted le parece; esto será más divertido. Y tú, Ives, toma otra baza por el pronto.

Una gallina que tropieza con un cuchillo; un ladrón atrapado por agente de policía; un ratón que, por descuido, pone sus patas sobre un gato,

no presentan aspecto más triste que el ofrecido por el bueno de Lagatut al oír mis palabras.

Acaso no era muy correcto lo que yo acababa de hacer; pero los espectadores, que nos eran favorables, gozaron mucho con aquel triunfo de Ives.

XXXV

Ocho días después, nuestra fragata había terminado su carrera; desarmada en el fondo del arsenal, dispersa su tripulación: tanto vale decir, buque muerto.

Yo partía, y el buen Ives me acompañaba hasta el ferrocarril. La estación estaba llena de marineros: todos los de *La Medea*, que partían al mismo tiempo que yo.

Había allí muchos antiguos camaradas nuestros, protegidos y amigos de Ives. Todos ellos, algo ebrios, se quitaban las gorras y nos saludaban con efusión. Son estas escenas usuales en casos análogos; un buque que termina es una cosa

aparte, es la explosión de todos los agradecimientos y de todos los rencores, de todos los odios y de todas las simpatías.

Al penetrar en la sala de espera, estrechando las manos de Ives, le dije:

—¿Me escribirás, verdad?

A lo cual respondió sonriendo dulcemente y con cierta vacilación, que parecía timidez:

—Quiero explicar á usted... quiero... vamos, que yo no sé cómo debo empezar las cartas.

Efectivamente, las denominaciones de *capitán*, *querido capitán*, y otras parecidas, no parecían adecuadas á nuestras relaciones.

—Pues bien, le respondí, es muy sencillo... (y procuré hallar esa cosa tan sencilla sin dar con ella en mucho tiempo.) Es muy sencillo... escribes... *hermano mío*: esto desde luego es verdad, y en estilo de cartas es lo más conveniente.

XXXVI

Seis semanas, poco más ó menos, hacía que *La Medea* había sido desarmada y que yo me había separado de Ives, cuando un día, hallándome, si mal no recuerdo, en Atenas, recibí, y leí con sorpresa, la siguiente carta:

«Brest 15 de Septiembre de 1877.

»Mi buen hermano:

»Escribo á usted, muy de prisa, estas pocas líneas, para decirle que me casé ayer. La verdad es que yo podría haber pedido consejo; pero... ya comprende usted... yo no tenía mucho tiempo que perder estando ya alistado para emprender la campaña de *La Cornelia*, y quedándome solamente ocho días para vivir con mi mujer.

»Creo que usted pensará como yo, hermano mío, que esto es mejor que andar siempre de acá para allá, como usted sabe. Mi mujer se llama

María Keremenen; puedo asegurar á usted que me gusta bastante, y creo que no lo pasaríamos mal si pudiese yo quedarme aquí, á su lado.

»Ya escribiré á usted más despacio antes de mi marcha, querido hermano, y le aseguro que me contrista mucho embarcarme sin usted.

»Concluyo enviando á usted un abrazo con todo mi corazón.

»Su hermano que le quiere,

IVES KERMADEC

»P. D. Acabo de saber que hancambiado mi destino. Me embarcaré en *La Ariadne*, que no sale hasta mediados de Noviembre. Esto me permite pasar cerca de dos meses al lado de mi mujer; así tendremos tiempo bastante para conocernos; ya comprenderá usted que esto me alegra mucho.»

Al regresar de sus campañas, los marineros suelen hacer mil cosas extravagantes con el dinero que no emplean á bordo: es lo corriente.

Las ciudades marítimas conocen muy bien estas excentricidades un poco salvajes.

En ocasiones se casan por entretenimiento con una mujer cualquiera, la primera que hallan á

mano, sólo por el gusto de estrenar un traje.

Ives, que había agotado en varias ocasiones todos los géneros de tontería, para cambiar un poco, había concluido casándose.

¡Ives casado!... ¿Y con quién? Acaso con cualquier mujerzuela desvergonzada de la ciudad, tomada á la ventura, por las calles, en un momento de borrachera.

Tenia yo motivos sobrados para inquietarme recordando cierta muchacha, de sombrero con plumas, con quien faltó muy poco para que Ives se casara, por distracción, á los veinte años.

XXXVII

Dos meses después, cuando *La Ariadne* se disponía á partir, quiso la suerte que se me destinase á última hora para formar parte de su Estado Mayor.

XXXVIII

En el momento de embarcarnos vi á María Keremenen; era una muchacha de unos veinte años, vestida al uso de la aldea de Toulven, en la Bretaña Baja.

Sus ojos, negros y hermosos, miraban claros y francos.

Sin ser precisamente bonita, seducía con su justillo de lienzo bordado, su gorro blanco de anchas alas y su gorguera, que recordaba los cuellos á lo Médicis.

Había en su persona algo de cándido y de honrado que agradaba. Me pareció que así la habría yo deseado para mi hermano, si hubiese tomado el encargo de buscarle mujer.

XXXIX

La casualidad los había aproximado un día en que María vino á Brest para visitar á su madrina.

Ives se prendó de ella en seguida; ella, encantada por la arrogancia del marino y por su sonrisa dulce y bondadosa, había consentido, no sin alguna inquietud, en aquel matrimonio precipitado, que debía principiar por dejarla viuda durante siete ú ocho meses.

Ella tenía *algo*, como suele decirse en los pueblos, y había de regresar, cuando nosotros partiésemos, á casa de sus padres, en el pueblo de Toulven.

Ives me confió que se preveía la llegada de un chiquitín.

—Ya verá usted, me dijo: apostaría á que llega justamente cuando volvamos nosotros.

Y después de abrazar á su mujer, que lloraba, partimos. Una vez más íbamos á pasearnos juntos allá abajo, en el azulado dominio de las doradas y de los peces voladores.

XL

15 Noviembre, 1877.

La víspera de aquella partida, Ives había obtenido, por especial favor, ir á tierra durante el día, para ver, en el hospital marítimo, á su hermano mayor Gildas, el pescador de ballenas, que acababa de llegar medio perdido, y á quien Ives no había visto hacía ya diez años.

Gildas Kermadec era un hombre de cuarenta años, de elevada estatura y de rostro más regular que el de Ives. Todavía se echaba de ver en sus ojazos negros algo parecido á una llama que se extingue: Gildas debía de haber sido verdaderamente hermoso.

Estaba paralítico y moribundo, arruinado por el aguardiente y los excesos de todo género.

Adelantó con lentitud hacia su hermano; parecía erguido aún, y derecho, pero arrastraba la pierna y tenía algo extraviada la mirada.

¡Oh! Ives, dijo tres veces: ¡oh! Ives; ¡oh! Ives. Apenas podía articular las palabras: la parálisis había invadido también los órganos vocales.

Abrió los brazos á Ives para abrazarle, y algunas lágrimas humedecieron sus tostadas mejillas,

Ives lloró también: después fué preciso partir. La licencia dada no era más que de una hora.

Gildas no dijo otra palabra más; había hecho que Ives se sentara cerca de él en un banco del hospital, había cogido su mano y le miraba con sus ojos de loco moribundo. Desde luego había pretendido decirle muchas cosas que, al parecer, se aglomeraban en su cabeza; pero de sus labios salían solamente sonidos inarticulados, roncós, profundos, que lastimaban. No; no le fué posible hablar, y cuando se convenció de esto, se limitó á tener cogida su mano y á mirar á Ives fijamente y con una tristeza infinita.

.....

Ives llevó impresión profunda de aquella última entrevista con su hermano. No se habían visto más que dos veces desde que Gildas comenzó la vida del mar. Pero eran hermanos; hermanos de la misma choza y de la sangre misma, y hay en esto algo misterioso, un lazo que resiste á todo.

Un mes después, en nuestro primer descanso, supimos que Gildas había muerto. Ives puso entonces un crespón en su manga de lana.

XLI

A bordo de *La Ariadne*, Mayo de 1878.

La isla de Tenerife se dibujaba delante de nosotros como una especie de edificio grande, piramidal, emplazado sobre un espejo inmenso: el Océano. Las aristas gigantescas de las montañas se aproximaban, reproducidas por la limpidez extrema, inverosímil, del aire. Un grupo de nubes de color gris nacarado cortaba Tenerife horizontalmente, y por encima aparecía el pico elevando su inmenso cono, bañado por el sol.

Las golondrinas producían un alboroto extraordinario alrededor nuestro. Era una bandada numerosa que gritaba y agitaba las alas en uno de esos accesos de frenesí que les acomete algunas veces, sin que se conozca el motivo.

Las doce del día.—La comida de la tripula-

ción ha terminado; oíase el silbato llamando á los de estribor á recoger los platos. Ives, que á bordo de *La Ariadne* era de estribor, venía hacia mí, probando por lo bajo el silbato, para asegurarse de que estaba bien.

—¡Oh! pero ¿qué tienen hoy esos pájaros? ¡Piar! ¡piar! No han hecho otra cosa durante la comida. ¿No los ha oído usted?

Realmente yo no estaba enterado de lo que aquellas aves querían. Sin embargo, como era preciso, aunque sólo fuese por cortesía, contestar algo á Ives, le dije:

—Esos pájaros han solicitado hablar al oficial de cuarto, que era yo justamente. Era para pedir noticias de su primillo Pedro Kermadec: en vista de lo cual les he contestado: «Señores, Periquillo Kermadec, mi ahijado, no ha nacido aún; es demasiado pronto: vuelvan ustedes dentro de algunos días, cuando estemos en Brest.» En vista de eso, se han ido; míralos cómo se van por allí abajo.

—Usted les ha contestado como convenía, dijo Ives, que reía muy pocas veces. Pero aseguro á usted, por mi parte, que he soñado mucho con eso, y de vez en cuando me entra el temor de que sea una niña.

—Efectivamente, sería una contrariedad que el niño esperado resultase niña, porque entonces no habría modo de nombrarla Pedro.

XLII

Brest 14 de Junio de 1878.

Habitamos por hoy en un alojamiento provisional, calle de Siam, en Brest, donde *La Ariadne* ha entrado esta mañana.

En contestación al aviso de su llegada, Ives ha recibido un telegrama de Toulven, concebido en los siguientes términos: «Un niño ha nacido esta noche; el niño y la madre están muy bien.—*Corentin Keremenen.*»

Llegada la noche, y acostados nosotros, fué imposible conciliar el sueño. Yo oía á Ives que se volvía y se revolvía en su cama. Al pensar que al día siguiente iría á Toulven á ver al recién nacido, su hermoso y valiente corazón se desbordaba en toda clase de sentimientos, para él desconocidos hasta entonces.

Dos días después que él tenía yo que estar en Toulven para asistir al bautizo.

Ives fraguaba mil proyectos para esta ceremonia.

—No me atrevo á decirlo; pero ¿no querría usted comer con nosotros en Toulven? ¡Diablo! Ya sabe usted, en casa de mi suegro se come mejor que en la ciudad... seguramente.

XLIII

Brest 15 de Junio de 1878.

Salgo muy temprano para Toulven, donde Ives me espera desde ayer.

Tiempo magnífico, espléndido sol. La vieja Bretaña aparece verde y florida.

Ives espera la llegada de la diligencia, que he tomado en Bannalec. Cerca de él está una jovencilla de dieciocho años, muy linda, que se ruboriza bajo su cofia.

—Esta es Ana, me dice Ives presentándomela: mi cuñada; la madrina.